

148

TEATRO

De la pasarela al escenario

Qui té por de Virginia Woolf?

Autor: Edward Albee. Traducción: Jordi Arbonès. Dramaturgia: Joan Casas. Intérpretes: Amparo Moreno, Pilar Orgillés, Hermann Bonnin y Josep Salvatella. Escenografía: Manolo Trullas. Vestuario: Ramón Ramis. Dirección de actores: Víctor Oller. Dirección: Hermann Bonnin. Teixidors-Teatreneu, 3 de octubre.

JOAN DE SAGARRA

"Teatreneu presenta a Amparo Moreno en...", así se vende el espectáculo: el "desafío" de la actriz que abandona, momentáneamente, la pasarela ("alejada del género frívolo") para adentrarse en el proceloso territorio del drama teatral. Y menudo drama: nada más y nada menos que *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, con el fantasma de la Taylor oculto en el armario de la memoria.

Para todos nosotros *¿Quién teme a Virginia Woolf?* es una película, es el filme de Mike Nichols o, para decirlo más claramente, es el filme de Richard Burton y Elizabeth Taylor, *mandando* como dos cosacos y arrancándose mutuamente la piel a tiras, como en la vida misma. Un filme que es de 1966 y que debió de estrenarse en España aquel mismo año o el siguiente, e hizo que la gente se olvidase de una vez por todas de la interpretación de Mary Carrillo y Enrique Diosdado, que habían estrenado la obra de Albee en Barcelona el 20 de septiembre de 1966, en el Politeama. Albee se trata de que nos olvidemos de la película —sería mucho pedir—, sino de inventarse otra cosa respetando hasta cierto punto la historia, la obra teatral, contemplándola con una cierta distancia, con un cierto humor. Ésa sería, pienso yo, la postura inteligente.

Martingalas de la dramaturgia

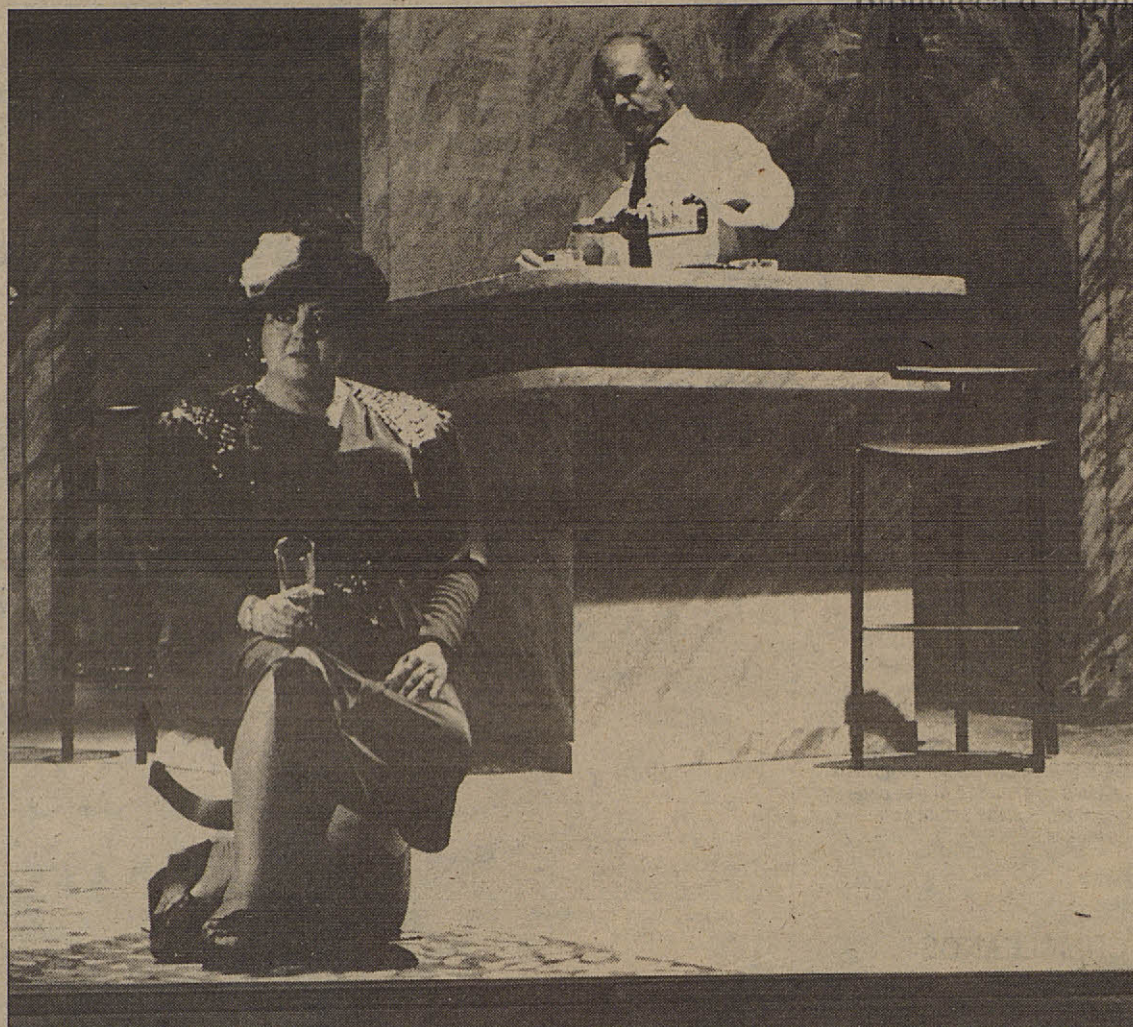
Cabría, por ejemplo, la posibilidad de que el personaje de Martha fuese interpretado por un travestido. ¿Por qué? Pues porque tras el matrimonio Martha-George se oculta, muy probablemente, una pareja homosexual: la historia del hijo inexistente, "que no quisimos o no pudimos tener", hace pensar en ello. En 1962, año en que se estrenó la obra en Broadway, había que recurrir forzosamente a todo tipo de martingalas de la dramaturgia. Pero esa solución resulta inviable, ya que de lo que se trata es de presentar a Amparo Moreno y punto. Cabría también ofrecer una imagen decrepita, decrepita e irónica, cruelmente irónica, del sueño americano. ¿Cómo? Pues a través de un montaje naturalista que reprodujese en el escenario la típica casita del matrimonio —él, profesor universitario; ella, la hija del rector—; una casita en el *campus*, con la chimenea, la mecedora, la tele, la fotografía del día de la graduación y montones de libros, libros de historia, que es la materia que enseña George... Una casita ruina, sucia, a ser posible con algunas ratas; una casita en la que ha vomitado un Matthias Langhoff; una casita de perdedores disfrazados de matrimonio ho-

norable, que eso son Martha y George.

Pero el escenario del Teixidors-Teatreneu está prácticamente desierto, y más que una casita en un *campus* universitario parece la viñeta de un tebeo posmoderno. El escenógrafo, preocupado en alejarse lo más posible del plató hollywoodiano, acabó imponiéndonos un disparate. Y es que el fantasma, la película, da mucho miedo.

Joan Casas, ha hecho un buen trabajo: ha vaciado la obra de su simbolismo, que canta en cantidad, y la ha reducido a un espectáculo de casi un par de horas (sin interrupción, como debe ser). La historia está ahora más concentrada, lista —segundos, ¡fuera!— para que empiece el primer asalto. George (Bonnin) reparte y controla el juego hasta el final. George tiene la banca: Amparo Moreno (Martha) es la estrella, pero el que manda en el escenario es él. Manda pero sin pasarse y a veces, por esa misma preocupación por no pasarse, no llega. Y es que el fantasma de la película da mucho miedo. Hay cambios de tono, escaramuzas y también algún ataque a la bayoneta, a pecho descubierto, que están ahí, en la obra, y en el escenario, o no los vemos o resultan de una gran timidez. Y es que, lo dicho, hay mucho miedo.

Por otra parte, los ataques y escaramuzas están condicionados por las copas, por la bebida. Se bebe mucho en esta obra. Y da la sensación o bien de que no se bebe lo suficiente o bien de que los actores no saben emborracharse. Hay todo un ritual de las copas, un irse transformando las voces, cargándose de ambigüedad y violencia los rostros y los gestos, que está ausente del escenario. Volviendo a Bonnin, hay que decir que su interpreta-



Amparo Moreno y Hermann Bonnin, en una escena de *Qui té por de Virginia Woolf?*

ción, pese a que en ciertos momentos no llegue, es de una gran dignidad; en ella destaca más la composición del personaje que el texto propiamente dicho, que sale de sus labios plano, sin la riqueza de matices que cabría esperar.

Amparo Moreno es la que acusa un mayor miedo. Es normal: su humanidad ocupa medio escenario y los ojos del público están fijos en ella, la estrella, la que vende el espectáculo. El público aguarda el número de Amparo Moreno y el número de Amparo Moreno se queda en muy poca cosa, y lo que queda es todavía hijo de la pasarela: un cierto desplante, un cierto guiño, como si la frontera entre platea y escenario no existiese. Parece que le hubiesen dicho: "Control, mucho control". Y de tanto control no es que no llegue, sino que a veces ni

sale. Además le han hecho una jugada: en la escena de la seducción —cuando seduce al cretino de Dick (Josep Salvatella), el joven profesor de biología— le han endilgado un modelito que la ridiculiza y hace difícilmente creíble que Dick se la beneficie, por muy borracho que esté y por muy hija del rector que ella sea. Sin embargo, del mismo modo que Bonnin es George, con todos los celos y todas las limitaciones que se quieran, Amparo Moreno también es Martha: su humanidad, al final de la obra, cuando el fantasma del hijo es destruido y se produce la catarsis, es una buena prueba de ello. Amparo Moreno debe perder el miedo, debe soltarse, debe liberarse del corsé, vestirse a su aire, tomarse unas copas, y luego (no antes) controlarse lo suficiente y será Martha

en su totalidad o en buena parte, y no esa caricatura que en un principio más de uno se temió que resultaría cuando se anunció que la actriz iba a interpretar el personaje que sigue vinculado a la carrera cinematográfica de Elizabeth Taylor y a su tormentoso matrimonio con Richard Burton. En cuanto a la pareja Dick-Honey (Pilar Orgillés), la interpretación es correctísima.

Qui té por de Virginia Woolf? ha de perder algo más que el miedo al lobo feroz, a la famosa película: ha de perder el miedo a sí misma, especialmente en el caso de Amparo Moreno. Una semana de rodaje sin corsés y el espectáculo mejorará sensiblemente. Puede, incluso, llegar a ser un éxito. Todo depende de Amparo Moreno, y de que Bonnin, la banca, suba la apuesta.